

FABRIL LANERA:

CIEN AÑOS... Y ALGUNO MÁS

Miguel Ángel Barcenilla

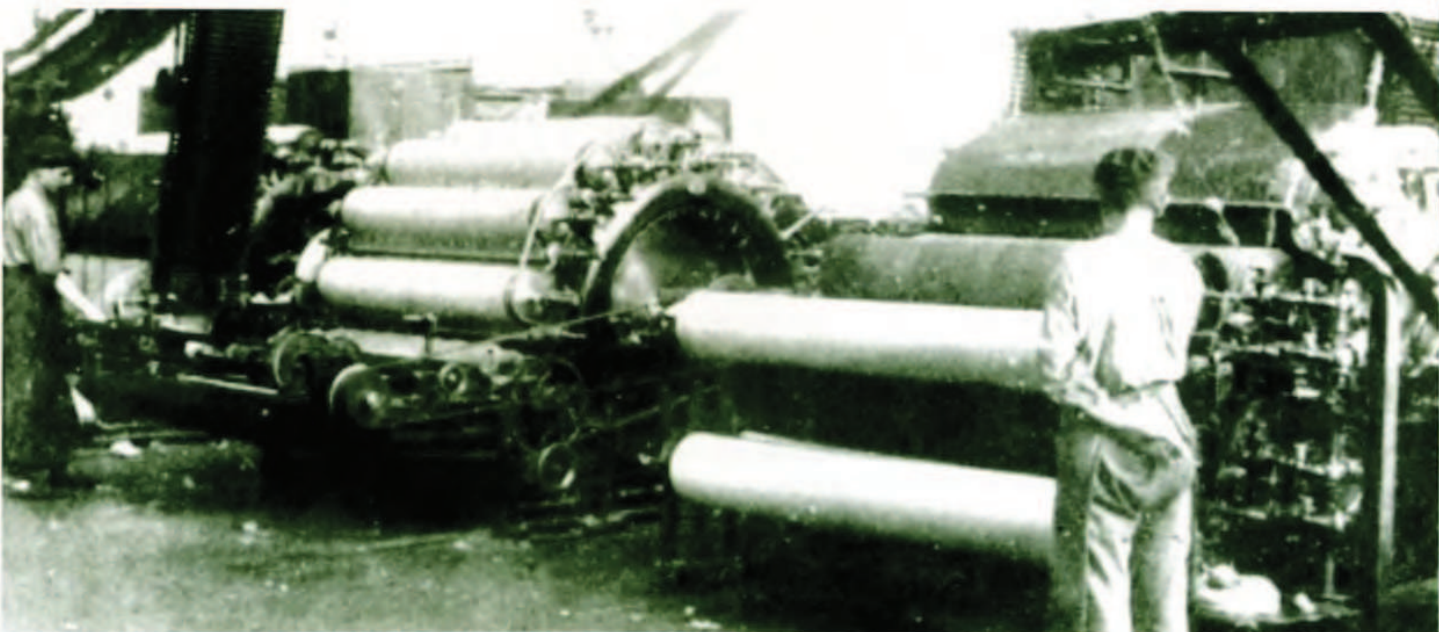
Se celebra este año el centenario de la Fabril Lanera S. A., una de las empresas más importantes de la población de nuestro siglo. Siendo cierta la efemérides, debo apresurarme a precisar que no lo es totalmente, y a esta circunstancia se debe el título de este artículo. Me explico: hace cien años se fundó la empresa denominada Fabril Lanera bajo la fórmula jurídica de Sociedad Anónima, pero esta fábrica llevaba ya entonces diez años de actividad en el mismo emplazamiento, aunque hasta aquel momento había funcionado bajo otras formas jurídicas y con algunos socios distintos. Podemos, por tanto, celebrar el centenario aceptando, sin embargo, que esta fábrica tiene más de 100 años.

Con el ánimo de aliviar esta aparente paradoja podemos adoptar el concepto de "prehistoria", y aplicarlo al decenio transcurrido desde el inicio de la actividad de esta fábrica hasta su conversión en Sociedad Anónima. Es, por otra parte, un término bastante aceptable en este caso, porque en el archivo de la empresa no se conserva ningún documento escrito de esta época y, como sabemos, esta palabra se acuñó en su momento -aunque hoy se utilicen otros criterios- para identificar la etapa de la historia de la humanidad que carece de vestigios escritos. A esta década previa a la constitución de la Sociedad Anónima van dedicadas estas breves líneas.

La Lanera surgió por iniciativa del ingeniero francés Ernesto Francisco Dallemagne, que se estableció en nuestro pueblo en 1889 acompañado de un puñado de técnicos de su tierra. En esa época, la industria local comenzaba a despertar de la crisis que venía arrastrando desde 1868, y que se había visto agudizada por la Guerra Carlista de 1872-1876. El primer síntoma del final de la crisis data de 1886, exactamente de la fundación de la fábrica de galletas de Olibet y compañía. A pesar de ello, todavía en 1889 se cerraba una de las fábricas de lino creadas en la década de 1850, la de Gamón Hermanos, que se había visto profundamente afectada por la referida crisis. Fue ésta su última víctima, y a partir de aquel momento el crecimiento industrial en el pueblo fue una constante.

La nueva fábrica lanera del señor Dallemagne se instaló precisamente en los pabellones de la recién clausurada fábrica de Gamón, en Pontika, aprovechando sus infraestructuras y la concesión administrativa de un recurso básico para la fabricación: el agua. Era éste, por otra parte, un lugar de larga tradición industrial, pues la fábrica de lino ya había utilizado a su vez las infraestructuras de industrias tradicionales seculares.

Podemos aventurar que el citado Dallemagne llegaba a Erreterria con cierta experiencia en la fabricación de lana, y



que su principal capital consistía precisamente en sus conocimientos técnicos y en los contactos que poseía en este sector más allá de los Pirineos. Su proyecto parecía prosperar a buen ritmo, pero su bolsillo no era capaz de seguirlo, por lo que un año más tarde se vio obligado a buscar socios capitalistas que le proporcionaran liquidez. Los encontró en los comerciantes, también franceses, Gersan y Pereire, con quienes formó una nueva sociedad, que adoptó por primera vez en 1890 el nombre de Fabril Lanera.

La empresa continuó creciendo en los años siguientes. En 1896, por ejemplo, adquirió los locales contiguos pertenecientes a una antigua fábrica de curtidos. Sin embargo, la creciente inversión exigida por la expansión creaba una presión financiera permanente. Por este motivo, una vez vencida la sociedad constituida con Gersan y Pereire éstos no continuaron en ella, por lo que Ernesto Dallemagne se vio nuevamente en la tesitura de buscar socio capitalista. Lo halló esta vez en la persona de Pedro Lardy Chapuis, comerciante donostiarra de origen francés con el que formalizó una sociedad comanditaria en 1898. Dallemagne intervenía en la sociedad como socio colectivo, es decir, respondía a las obligaciones de la empresa con todos sus bienes. Pedro Lardy, por su parte, participaba en calidad de socio comanditario, esto es, respondía únicamente con su aportación de capital, que en su caso ascendía a 70.000 pesetas. La participación de Dallemagne en el capital social se tasó en 150.357'86 pesetas, valor de las existencias, inmuebles y créditos de la empresa precedente. Como podemos observar, la única aportación líquida a la nueva sociedad provenía de Lardy, pues Dallemagne únicamente aportaba los bienes de la fábrica. Con la nueva inyección financiera se pretendía hacer frente a las deudas existentes y financiar una ampliación de la fábrica que en esos momentos empleaba ya a cerca de noventa empleados entre hombres y mujeres.

La sociedad comanditaria se disolvió un año después, pasando a convertirse en Sociedad Anónima con un capital social de 263.500 pesetas representadas por 527 acciones de 500 pesetas. Fueron éstas suscritas por Mariano Ameztoy, propietario; José María Múgica, comerciante; Rafael Sanchez Guardamino, también propietario, y Juan Olazabal, abogado, todos ellos domiciliados en Donostia; Manuel

Cámara, corredor de comercio, de Alza; Matías Samperio, director de la Fábrica Grande, comerciante y propietario, de Errenteria; Secundino Samperio, abogado, vecino de Ordizia; la sociedad Córdova Hermanos de Don Benito; y el propio Dallemagne.

El reparto de las acciones ponía de manifiesto el alto grado de endeudamiento en que se movía la sociedad, muy superior al que acostumbraban a mantener las empresas de la localidad en esa época. Las ochenta acciones de Dallemagne representaban la diferencia entre activo y pasivo de la antigua Sociedad que se traspasaba a la nueva, es decir, constituían el valor neto reconocido a la fábrica.

Por su parte, las 287 acciones (143.500 pesetas) suscritas por Secundino y Matías Samperio, Múgica, Cámara y Córdova Hermanos no eran sino la conversión de las deudas que la Fabril Lanera tenía con estas personas en capital social de la nueva sociedad. Por el contrario, Ameztoy, Olazábal y Sánchez Guardamino adquirieron en conjunto 160 acciones (80.000 pesetas) denominadas no liberadas o de pago, que en realidad constituían la única aportación líquida al capital social de la nueva sociedad.

La constitución de la Sociedad Anónima dio inicio a una nueva etapa de desarrollo en la empresa. Se encontraba ésta entonces inmersa en una cerrada competencia en gran parte de su área de mercado con la industria catalana, fundamentalmente con la de Sabadell, un núcleo lanero ya consolidado y muy competitivo.

Esta circunstancia imponía un alto grado de exigencia técnica para la Fabril

Lanera y también, por lo visto, la necesidad de ampliar su tamaño. Lo cierto es que la empresa continuó creciendo: en 1901 empleaba 111 personas (55 hombres y 66 mujeres) y, en 1904, 156 (86 hombres y 70 mujeres). Este ritmo de crecimiento exigía una inversión elevada, que se afrontó aumentando el endeudamiento de la empresa y arrojando con ello pesadas cargas financieras. Como consecuencia, la empresa se vio abocada a fuertes pérdidas durante una década, una particular travesía del desierto que hubo de atravesar antes de afianzarse como una de las más importantes y duraderas de la localidad a partir de la segunda década del siglo.

